

jando la cabeza de vuestro rey á un estanque y enterrando su cuerpo en una estercolera. Por lo demás exijo que me deis el trigo que he dejado en mis granjas de Valencia.» Ibn-Djahnáf le respondió que el trigo en cuestión había sido robado. «La ciudad, añadió, está ahora en poder de los almoravides; en cuanto á mí estoy dispuesto á ser vuestro amigo y aliado, con tal que queráis obedecer á Yusuf-Ibn-Techufín. Ibn-Djahnáf, al escribir esta, carta tan importuna como impertinente, había dado al Cid la medida de su capacidad y de su talento. El castellano declaró que el cadí era un imbecil, incapaz de mantenerse en su elevada posición; y en su segundo mensaje le juró que vengaría la muerte del rey de Valencia. Después de esto mandó decir á todos los gobernadores de los castillos cercanos que proveyesen á su ejército de viveres, sin perder un momento, y amenazó con quitarles todo lo que poseyesen á los que se negaran á dar cumplimiento á sus órdenes. Todos se apresuraron á cumplir su mandato, pero el gobernador de Murviedro, Abu-Ibn-Labbun, hombre de gran penetración, comprendió que hiciera lo que hiciese, el resultado le sería fatal; que si no obedecía, perdería su señorío en el mismo instante, y que si obedecía lo perdería más

tarde. En su consecuencia mandó decir al Cid que se conformaba con sus órdenes y al mismo tiempo ofreció todos sus castillos al señor de Albarracin, á condicion de que éste proveería á su subsistencia. Ibn-Razin aceptó esta oferta con premura, y veinte y seis dias despues del asesinato de Cadir, tomó posesion de Murviedro: hecho esto fué á encontrar al Cid y despues de prometerle que los gobernadores de sus castillos le venderian viveres y le comprarian el botin, aquél, por su parte, se comprometió á no molestar á estos gobernadores.

En el entretanto, el Cid asediaba aun á Cebolla; pero como la plaza no era lo bastante fuerte para poder sostenerse mucho tiempo, y además la guarnicion le habia prometido entregársela, en cuanto pudiese hacerlo decorosamente, pudo enviar dos veces por dia, mañana y noche, *algaras* al territorio valenciano, ordenando á sus capitanes que no se apoderasen mas que de los rebaños y no molestasen á los habitantes de la Huerta, ni á los otros labradores, á quienes debian por el contrario tratar con dulzura y recomendarles el trabajo. Por lo demás el Cid no carecía de nada; vendia en Murviedro el botin que hacia y los viveres le llegaban en abundancia.

Ibn-Djahláf, por su parte, que habia reorganizado la caballería de Valencia, y recibido refuerzos de Ibn-Ayicha, podia disponer de trescientos caballeros, que alimentaba con el trigo de Rodrigo y pagaba á espensas del tesoro y de los bienes particulares del rey asesinado; mas no hacia caso alguno del capitán almoravid Abu-Nacir, á quien nunca consultaba y el cual, movido á despecho, entró en relaciones con los beni-Tahir. El antiguo gefe de esta poderosa familia Abu-Abderraman, ex-rey de Murcia habia dado yá rienda suelta á su indignacion cuando Ibn-Djahláf hizo asesinar á Cadir (1). Mas tarde, si embargo, habia procurado disimular el odio que sentia hacia Cadir; pero este que sabia muy bien que Ibn-Tahir lo detestaba y lo consideraba además como un rival terrible, habia roto abiertamente con él (2). Abu-Nacir no tuvo pues trabajo en atraerse á los beni-Tahir con quienes se puso á conspirar tan abiertamente, que á Ibn-Djahláf no le cupo duda de que habian jurado su pérdida y estaba ya muy inquieto con esta conspiracion, cuando recibió un mensaje del Cid.

(1) Véase los versos de Ibn-Tahir que hemos traducido mas arriba.

(2) Véase mas arriba.

quien, haciendo ahora tres razias diarias por la mañana, al medio dia y á la tarde, no deseaba otra cosa que alejar á los almoravides y sabedon de que Ibn-Djahhaf se habia malquistado con ellos le mandó á decir que, si se daba traza de desembarazarse de ellos de un modo ó de otro, le prestaría su apoyo y los protegería como habia protegido á Cadir. Esta oferta agradó á Ibn-Djahhaf que consultó á Ibn-al-Faradj, lugarteniente del Cid, á quien habia puesto en prision, y cuando este le hubo asegurado que podia contar con la lealtad de Rodrigo, mandó decir al castellano que aceptaba sus proposiciones. Disminuyendo al mismo tiempo el sueldo de sus caballeros almoravides, bajo el pretexto de que necesitaba dinero, esperó obligarlos á que abandonasen á Valencia, en cuyo caso podria colocarse bajo la proteccion del Cid; pero, ligero é inconstante, cambió de parecer en cuanto recibió cartas muy apremiantes de Ibn-Ayicha, que le aconsejaba enviar al sultan Yusuf Ibn-Techofin algunos de los tesoros de Cadir, añadiéndole que si lo hacia podria estar seguro de ser socorrido por un numeroso ejército africano. El cadi, echando sus cuentas pensó que despues de todo valia mas hacer causa comun con los musulmanes que con los cristianos, por lo que propuso á la

asamblea de los notables enviar dinero al monarca almoravid, y, aprobado su designio por mayoría, encargó á cinco personas, entre las cuales se encontraba Ibn-al-Faradj, de llevar á Yusuf su mas considerabilísima. Evidentemente el astuto Ibn-al-Faradj había conseguido captarse la simpatía de Ibn-Djahláf, mas este último notó muy pronto que había obrado con mucho aturdimiento al concederle su confianza; pues cuando los embajadores hubieron abandonado la ciudad, lo mas secretamente posible, para no caer en las manos del Cid, este, advertido por Ibn-al-Faradj, les hizo seguir la pista por caballeros, que le dieron alcance y le quitaron todo el dinero, que debían ofrecer á Yusuf.

En Julio de 1093, cuando Cebolla se entregó, el Cid marchó contra Valencia con todo su ejército, á fin de estrechar á esta ciudad cada vez mas. Hacía quemar las aldeas de los alrededores, los molinos, las barcas que se hallaban en el Guadalaviar y particularmente todo lo que pertenecía á Ibn-Djahláf y á su familia, cuando un visir del rey de Zaragoza, acompañado de sesenta caballeros, llegó á su campamento, manifestándole que estaba encargado por Mostain, cuyo único propósito, era hacer una buena

obra, de rescatar los prisioneros musulmanes; pero esto era un falso pretexto y nada mas, y otro era el verdadero objeto de su mision; creyendo amenazados sus estados por la vecindad de los almoravides, Mostain habia visto con placer marchar al Cid contra ellos y le habia suministrado dinero y tropas (1); mas por otra parte no queria abandonar á Valencia, que deseaba para si, y habia ordenado á su visir entablar negociaciones secretas con los valencianos. El visir debia comprometerlos á alejar á los almoravides y á reconocer la soberanía de Mostain, que en este caso le prestaría apoyo contra Rodrigo y contra todos aquellos que intentasen atacarles; con arreglo á estas órdenes, el visir comunicó bajo cuerda al cadi las proposiciones de su dueño; pero fueron rechazadas y el desgraciado diplomático no pareció haber venido al campamento sino para ser testigo de los triunfos del Cid.

Estos fueron rápidos: el segundo dia despues de la llegada del visir, el Cid se apoderó del barrio de Villanueva; poco despues atacó el barrio de Alcudia. Durante el com-

(1) Ibn-Bassâm mas arriba. *C. F. Gesta*: nisi vero tam cito venisse (Rodericus) illæ barbaræ gentes Hispaniam totam usque ad Cesaraugustam et Leridam iam præocupassent atque omnino obtinuissent.

bate, su caballo dió un traspies y lo sacó de la silla, pero vuelto á colocar inmediatamente sobre ella, cayó sobre los moros hiriendo y matando muchos de ellos. Había apostado una parte de su ejército á la puerta de Alcántara (la puerta del puente) (1), para copar á los moros por aquel lado é impedirle venir en socorro del barrio. Estas tropas consiguieron escalar el muro, y ya creían estar á punto de entrar en la ciudad, cuando los musulmanes asistidos de un gran número de mugeres, los detuvieron lanzando sobre ellos una lluvia de piedra. Cuando los soldados mahometanos que defendían á Alcudia, recibieron aviso de que la ciudad estaba en peligro por la parte del puente, acudieron allí, y trabaron un combate que se prolongó hasta el mediodía, hora en que el Cid se retiró á su campamento, mas por la tarde renovó el ataque con nueva furia y tan impetuosamente que los moros pidieron á grandes gritos el amán (2). El Cid se lo concedió y entónces los habitantes de mejor posición

(1) El autor del *Kitab-al-ictifa* habla, no recordamos donde, de la torre del puente. En Valencia no habia mas que cuatro puertas grandes. (*bab*). Las pequeñas, tales como la de Alcántara llevaban el nombre de *bordj*

(2) Comenzaron á llamar paz, paz; puesto que se ha dicho del Cid, *seguroles*, traduccion literal de amañán.

vinieron á celebrar la paz con él. Durante la noche hizo su entrada en el barrio y apostó allí sus soldados, prohibiéndoles bajo pena de muerte, el causar daño á sus habitantes. Al día siguiente prometió solemnemente á los moros reunidos respetar sus propiedades y no tomar de ellos mas que el diezmo luego encargó á su almojarife, (1), el moro Ibn-Abdus, cobrar las contribuciones á que tenia derecho. Los habitantes de Alcudia le trajeron entonces muchos viveres, de modo que su ejército quedó bien aprovisionado (2).

Dueño de Villanueva y de al-Cudia, el Cid estrechó mas á Valencia: los valencianos no sabian que hacer y ya se arrepentian de no haber aceptado las ofertas de Mostain. No quedándole en aquellas circunstancias otro recurso que hacer con el Cid la paz á cualquier precio, resolvieron ejecutarlo asi y le preguntaron sus condiciones. El Cid les respondió que ellos mismos las fijarian y que con tal que se alejasen los almoravides las cosas serian fáciles de arreglar. Comu-

(1). Esta palabra significa subinspector, intendente; en árabe *almuschrafe*, cf. Quatremere *Hist. des Sultans mamlouks* t. I part. I p. 10 y Weiges en las *Orientalia* t. I p. 417.

(2) *Crón. gener.* Los *Gesta* hablan tambien de la toma de alCudia.

nicada esta respuesta á los almoravides, estos, fatigados de su larga permanencia en una ciudad, donde, mucha personas les miraban ya con malos ojos, declararon no solo que estaban prestos á marcharse, sino que considerarían el dia de su marcha como el mas hermoso de su vida. Convínose, pues, en las condiciones siguientes: Los almoravides saldrian de la ciudad con sus haciendas y vidas, sanos y salvos; Ibn-Djahhaf devolvería al Cid el valor del trigo, de que se habia apoderado, le daria además el tributo mensual de diez mil dinares (1) y pagaria lo atrasado y por último se permitiría al Cid tener su ejército en Cebolla (2).

Ajustada la paz en estas condiciones, el Cid se volvió á Cebolla, de la que habia hecho en poco tiempo una ciudad considerable, y no dejó en al-Cudia mas que á su almojarife moro; pues facil es comprender que el tratado se refería á Valencia, y no á los arrabales que el Cid habia conquistado y que eran propiedad suya.

1 Véase mas arriba p. 156

(2) *Cronica General* fól. 326 confirmado por el breve relato de los *Gesta*.

VI.

Ibn-Djahlháf más que nadie habia contribuido á la conclusion de la paz, y despues de los pasos decisivos que habia dado no le era posible ya reunirse á los almoravides; vióse, por tanto, muy contrariado cuando supo que éstos tenian la intencion de ir á Valencia y que solo esperaban para ponerse en marcha la llegada del rey. El Cid le mandó decir entonces que le aconsejaba por su propio interés que no lo recibiera en la ciudad, pero Ibn-Djahlháf no tenia necesidad de consejos; comprendia perfectamente que si los almoravides llegaban, estaba perdido; tomó, pues, sus medidas y celebró una alianza con los capitanes almoravides que mandaban en Játiva y Cullera, los cuales, con la esperanza de hacerse independientes, no vacilaron en hacer traicion á su rey. Enseguida los aliados atacaron á Ibn-Maimum, capitan almo-

ravid que mandaba en Alcira, y que, intimado á seguir el ejemplo que le habian dado sus compañeros de armas, rehusó hacerlo. El gobernador, á quien el Cid habia confiado Cebolla, los secundó activamente; sitió á Ibn-Maimum en Alcira é hizo segar y trasladar á Cebolla las mieses que aún no habian sido recogidas en los graneros. En el entretanto, un nuevo pretendiente, Ibn-Razin, aspiraba á conquistar á Valencia. Este príncipe habia comprado el apoyo de Sancho de Aragon, prometiéndole mucho dinero y como no lo tenia, le habia dado en fianza la fortaleza de Torralba (1). Habiendo descubierto el Cid este complot, no habló de él á nadie; esperó á que sus soldados hubiesen trasportado á Cebolla todos los granos de Alcira, y hecho esto, les ordenó que se pusieran en marcha sin decirles á donde iban. Los albarracinenses nada sabian de las intenciones del Cid, cuando éste, durante la noche, hizo una súbita irrupcion en su país. El éxito coronó su empresa, cogió un gran número de prisioneros, mató doce caballeros con su propia lanza y alcanzó un gran

(1) La *Crónica general* dice *Toalba*, pero el señor Malo de Molina piensa que debe leerse *Torralba* y que se trata de la Torralba de los Sisones, cerca de Daroca.

botin, consistente en vacas, ovejas y caballos, recibiendo él mismo una herida grave en la garganta; pero por lo demás, no perdió más que dos de sus caballeros. Ibn-Razin desde entónces no pensó más en apoderarse de Valencia ni del castillo de Torralba, que Sancho no se cuidó de restituírle (1).

Pero un enemigo más peligroso aún se aproximaba. En Octubre de 1093, supóse que en Valencia se hallaba enfermo el rey Yusuf, que habia confiado á su yerno el mando de su ejército (1), el cual habia ya llegado á Lorca. Los enemigos de Ibn-Djahnáf decian que se alegraban de esta noticia y que muy pronto se vengarian del cadí. Este tuvo miedo é hizo decir al Cid, que continuaba molestado á los albarracinenses, que se apresurase á volver. Rodrigo volvió á Cebolla, donde tuvo una conferencia con Ibn-Djahnáf, con el gobernador de Játiva y con el de Cu-

(1) El autor de los *Gesta*, p. 49 habla tambien de esta incursion pero sin indicar su verdadero motivo. (Albarracin qui ei venditus fuerat in suo tributo).

(1) La *General* no trae el nombre de este yerno de Yusuf, pero Ibn-al-Jatib (man. G; fól. 98, V. — 100, R.) ha consagrado un artículo á Abu-Becr Ibn-Ibrahim, *el cuñado de Ali-Ibn-Yusuf Ibn-Techufin, el marido de su hermana*. Es probablemente de él de quien aquí se trata. Este personaje no tenia nombre propio; en cambio tenia dos sobrenombres, Abu-Becr y Abu-Yahya.

llera. Los cuatro pretendieron renovar su confederacion é hicieron escribir una carta al general almoravid, informandole que el Cid habia celebrado una alianza con Sancho de Aragon, de suerte que si el general se atrevia á venir á Valencia, tendria que combatir á ocho mil caballeros cristianos, cubiertos de hierro de piés á cabeza y los mejores guerreros del mundo.

El Cid hizo entonces á Ibn-Djahnáf una demanda singular; por una parte queria mostrar á los almoravides que los valencianos preferian su amistad á la de ellos, y por otra queria experimentar á estos últimos y convencerse de hasta que punto estaban dispuestos á someterse no solo á su voluntad, sino á sus menores caprichos. Pidió pues á Ibn-Djahnáf que le cediese por algunos dias el soberbio jardin de Ibn-Abdalaziz, que se encontraba cerca de Valencia y pasaba entonces por uno de los primeros jardines del mundo (1). Ibn-Djahnáf consintió en ello y con el objeto de recibir dignamente á su huésped, quiso decorar la entrada del jardin, cubrir el suelo de preciosos tapices, estender telas alrededor del palacio y preparar una

(1) Véase á Ibn Hacám en mis *script. arab. loci t.* I p.
nota

suntuosa comida. En el día fijado esperó al Cid hasta la tarde, pero no vino, y ya había anochecido, cuando mandó á decir que una indisposicion (en la que por lo demás nadie creia) le habia impedido cumplir su palabra. Semejante conducta pareció á los ojos de los valencianos, ya indignados porque su cadí hubiese querido ceder al castellano el jardin de sus antiguos reyes, demasiado caballerosa. Los beni-Tahir y las clases bajas estaban furiosos; en el primer momento hubieran querido insurreccionarse contra el cobarde Djahháf, que sufría pacientemente los mas graves insultos; mas bien pronto se impuso el temor que tenían al Cid. Los nobles que temblaban por sus tierras y sus villas, consiguieron aquietar al pueblo y nadie se movió.

El Cid, viendo que los valencianos estaban á su favor, se presentó de pronto en el jardin de Ibn-Abdalaziz y se apoderó del barrio próximo. Como tenia muchos moros entre sus tropas, los habitantes de este barrio no se quejaron mucho de la presencia de sus huéspedes; pero los valencianos vieron, no sin razon, una nueva ofensa en este acto arbitrario y supieron con alegria que el gran ejército almoravid, tan impacientemente aguardado, iba por fin á llegar, pues se habia

puesto en marcha hácia Murcia (1). Ibn-Djahháf, por el contrario, quedó consternado con esta noticia; queriendo justificar su conducta á los ojos de sus conciudadanos, les dijo al principio que el Cid no habia pedido el jardin de Ibn-Abdalaziz mas que para descansar allí algunos días y que saldría en cuanto se lo exigieran. Luego, viendo que sus explicaciones no agradaban, les anunció que bien pronto tendrian que consultar entre sí para elegir otro presidente, puesto que él estaba dispuesto á retirarse de la vida pública y á no mezclarse en nada. Inútil es decir que Ibn-Djahháf no tenia en modo alguno intencion de retirarse y que solo procuraba apaciguar al pueblo de un modo ó de otro; pero no lo consiguió. Los valencianos que penetraban muy bien su pensamiento, fueron á buscar á Ibn-Tahr y lo proclamaron presidente de la república, poniéndose en abierta rebelion contra el Cid y cerrando las puertas de la ciudad.

(1) El texto añade aquí: «E que non tardaran tanto fueras por la enfermedad que oviera aquel que era cabdillo de ellos: é que ya era sano; de donde resultaría que el yerno de Yusuf tambien habia estado malo; pero creemos que esto sea una falta del traductor español ó una pequeña adición á su hechura. No habia más que Yusuf que estuviese malo, como lo ha dicho antes el autor y lo repite despues. (Fólio 328, col. 4).

Sin embargo, el ejército almoravid avanzaba siempre y cuando hubo llegado á Játiva, el Cid abandonó el jardín de Ibn-Abdaziz para reunirse á sus tropas. Por algun tiempo anduvo incierto sobre si esperaría á sus enemigos ó saldria á su encuentro, pero decidido por último á permanecer donde estaba, mandó destruir los puentes del Guadalquivir é inundar todas las llanuras, de modo que los almoravides no podian atacarle sino por un desfiladero muy estrecho.

Grande era la alegría que reinaba en Valencia: los almoravides habian pasado ya por Alcira y una noche muy oscura y que llovía á cántaros, los valencianos pudieron distinguir desde lo alto de las torres los fuegos del ejército auxiliar, que acampaba entonces en Alcacer (1). Esperaban, por tanto, una batalla para el dia siguiente y habiendo dirigido al Eterno fervorosas súplicas, resolvieron ir á intentar un golpe de mano al campamento del Cid, en cuanto se trabase el combate.

Los acontecimientos defraudaron sus esperanzas; al dia siguiente por la mañana,

(1) *Bacer* en la *Crónica General*; pero como no se encuentra sitio que tenga este nombre junto á Valencia, el señor Malo de Molina piensa que se trata de Alcácer entre Valencia y Alcira.

cuando volvieron á las torres para observar los movimientos del ejército, entraron en una incertidumbre cruel de la que no salieron hasta las nueve, hora en que un mensajero vino á decirles que los almoravides no vendrían, pues habian vuelto camino atrás. «Entónces, dice el autor árabe á quien seguimos, los habitantes de Valencia se tuvieron por muertos: estaban como beodos y no comprendian lo que les decian; sus figuras se pusieron negras, como si estuviesen cubiertas de pez; perdieron enteramente la memoria, como si hubiesen caido en las ondas del mar.

La alegría reapareció de nuevo en el campamento de los cristianos; aproximándose á la ciudad insultaban á los de adentro, instándole á que se entregasen, puesto que ya no tenian socorro que esperar. Enseguida, atemperándose á las órdenes de su gefe, que habia vuelto al jardin de Ibn-Abdalaziz, se pusieron á incendiar y á saquear los barrios, hecho lo cual, cercaron la plaza por todas partes.

Los valencianos, sin embargo, no desesperaban aún de ser socorridos: Ibn-Ayicha habia escrito á los Beni-Tahír que los almoravides no se habian retirado por cobardía, sino por carecer de víveres y porque las

grandes lluvias habian puesto los caminos impracticables; añadiendo que una nueva expedicion se preparaba, y conjurando á sus amigos valencianos á no rendirse. Esta carta, que concordaba con otras recibidas de sus compatriotas, domiciliados en Dénia, bastó durante algun tiempo para sostener el valor de los sitiados y alimentar sus esperanzas; pero éstas eran falsas, y por último se supo que el ejército almoravid se habia vuelto á África. Los gobernadores de los castillos cercanos vinieron entónces á implorar la alianza y la proteccion del Cid, que no tuvo cuidado en rechazarlos y en ordenarles que le enviasen ballesteros y peones. El guerrero castellano no carecia de nada; hacia cultivar los campos de alrededor, y de todas partes acudian al mercado que habia establecido en al-Cudia. En Valencia, por el contrario, la escasez comenzaba á dejarse sentir y como habian perdido toda esperanza de auxilio, una desanimacion sombría se habia apoderado de los ánimos, como lo acredita esta elegía, que por aquella época compuso un poeta de la ciudad:

«Valencia!... Valencia!... [dice] uenieron sobre tí
»muchos quebrantos et estás en hora de morir; pues si
»ventura fuere que tú escapes, esto será grand marauie-
»lla á quien quier que te uiere.

»Et si Dios fizo merçed á algun lugar, tenga por bien de lo fazer á ti; ca fuese nonbrada alegría et solaz en que todos los moros folgauan, et auien sabor et plazer.

»Et si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder desta vez, será por los tus grandes peccados et por los tus grandes atreuimientos que ouiste con tu soberuia.

»Las primeras quatro piedras cabdales sobre que tú fuese formada, quiérense ayuntar por fazer grand duelo por ti et non pueden.

»Et tu noble muro que sobre estas quatro piedras fué leuantado, ya se estremeçe todo et quiere caer, ca perdido ha la fuerça que auie.

»Las tus muy altas torres et muy fermosas que de luēne paresçien et conortauan los coraçones del pueblo, poco á poco se uan cayendo.

»Las tus blancas almenas que de luēne muy bien relunbrauan, perdido han la su beldat, con que bien paresçien al rayo del sol.

»Et tu muy noble rio cabdal Guadalauiar con todas las otras aguas de que te tú muy bien seruies, sallido es de madre et ua onde non deue.

»Las tus açequias muy claras et á las gentes mucho aprouechosas, retornaron toruias, et con la mengua de las limpiar uan llenas de muy grand çienno.

»Las tus muy nobles et uiçiosas üertas que enderredor de tí son, el lobo raçioso lles cauó las rayzes et non pueden dar fructo.

»Los tus muy nobles prados, en que muy fermosas flores et muchas auie, eon que tomaua el tu pueblo muy grant alegría, todos son ya secos.

»El muy noble puerto de mar, de que tú tomauas muy grand onrra, ya es menguado de las noblezas que

»por él te solien venir á menudo.

»El tu grand término, de que tú te llamauas senhora,
»los fuegos lo án quemado et á ti llegan los grandes fu-
»mos.

»A la tu gran enfermedad nol' puedo fallar melesina
»et los fisigos son ya desesperados de te nunca poder
»sanar.

»Valencia!... Valencia!... Todas estas cosas que te
»hé dichas de tí, con grand quebranto que yo tengo en
»el mi coraçon, las dixé et las razoné.»

Estos versos eran la fiel expresion de la opinion pública: todos los ánimos estaban abatidos; cansados de guerrear, preveian que la ruina de la ciudad sería la consecuencia inevitable de la guerra. Ibn-Tahír, presidente de la república, habia perdido casi toda su popularidad: Ibn-Djahláf, por el contrario, que se regocijaba interiormenté de los desastres que abrumaban á los valencianos, porque veia en ellos el medio de volver á entrar en el poder y volcar á un rival que detestaba, iba volviendo á ganar poco á poco la confianza y la estimacion del pueblo: no pasaba dia que no dijese á todo el que queria escucharle que los Beni-Tahír eran hombres sin talento, sin capacidad, sin experiencia y los verdaderos autores de todas las calamidades del pueblo. Esta manera de ver iba alcanzando de dia en dia mayor número de adeptos entre todas las clases de la sociedad, y al fin llegó á ser